

# FRACA- SO

---

NARRATIVA

11/9/2017

VELÁZQUEZ



- 459 días sin revisar las notas estuve, Manuel. ¿Te das cuenta?
- No me parece demasiado.
- Pero no digas pelotudeces, ¿quierés? ¿Qué carrera de escritor solventa a una familia si la encaro con esta liviandad?
- ¿Qué te pasa? ¿No tenés ideas? Yo pensé que era algo fácil, che... No sé, prepararse un café, sentarse a escribir en un cuadernillo. Aprovechar un día de lluvia, algo así.
- Vos porque tenés podrida la cabeza con esas imágenes de pequeñoburgués que se consiguen gratis por Internet. El 90% de esos hijos de puta que salen en esas fotos son...
- Modelos – interrumpió Manuel y sorbió con fuerza un trago de su cerveza.

Marcelo lo miró de reojo y ni se esforzó en responder. No quería refutar ni asentir. Tal vez estaba necesitando un oído y nada más.

Se sentía impotente, indignado, insuficiente, inapetente. Las papas fritas del bar que tanto le gustaban, ni siquiera lo cortejaban con su efímera silueta en manos de los comensales más frugales de aquel bodegón tan particular, tan suyo.

Manuel era su mejor amigo desde siempre, una persona en la que se podía confiar y a quien todo le importaba poco y nada, lo cual es una garantía al momento de hacer confidencias. Juntos habían transitado las escuelas primaria, secundaria y técnica. Esta última los consagró electricista y tornero. Manuel era un artesano que moldeaba lo que le solicitaran; Marcelo pretendía que su trabajo le gustase y dos por tres dejaba al borde del cortocircuito alguna obra importante, porque los destellos literarios asomaban con fugacidad e irreverencia. Siempre pensando en las letras, siempre escapando de la realidad.

- El otro día estaba caminando por Saavedra, ¿viste? – comenzó a hablar Marcelo para romper con la monotonía del jueves por la tarde.
- ¿A qué altura? Esa calle tiene varios pasajes que la cortan, y ahora creo que están por hacer una rotonda... – embarró la cancha Manuel.
- No importa, yo andaba por ahí, capaz que cerca de la plaza del barrio, no me acuerdo muy bien. La cuestión es que tenía que ir a hacerle un trámite a la flaca, en realidad, era sacar un turno del oftalmólogo para la Juli que, parece, tiene astigmatismo.
- ¿Y eso qué corno es? – Manuel tenía mucha habilidad para sacar de las casillas a cualquiera, pero en este caso languideció su tono jocoso porque se trataba de la familia de su amigo y hay ciertas cosas que el humor debe contemplar.
- Un problema de la vista, no ve mucho ni de lejos ni de cerca, no sé. Hay que hacerla tratar antes de que sea más grande...
- ¿Cuántos años tiene Julieta ya?
- Ocho.

- ¿Y la flaca?
- Treinta y seis – prosiguió Marcelo mientras su compañero de cerveza sacaba cuentas mentalmente – Así que bueno, me apersoné en el consultorio del Dr. Vásquez que es una eminencia (como todos los doctores, no sé si me comprendés) y ahí me quedé casi dos horas.
- ¿Y qué onda? ¿Te dieron el turno?
- Dejá... mejor ni te cuento.

Marcelo quería hablar, pero sentía que cualquier cosa que dijera sería el prólogo de un penoso relato hacia la ofuscación y el descontento. Nadie quería desperdiciar su tiempo de ocio en comentarios fútiles, asquerosas historias de la gente común que sobran en el taller, a la salida de la escuela, en el gimnasio y en la casa de la suegra.

- Me acerqué hasta el mostrador y la secretaria me pidió que la “aguarde unos segundos”. Fue eterno, Manuel. Me senté en esas hileras de sillas soldadas entre sí, una interminable fila de 15 ó 16 butacas. Nunca me sentí tan prescindible en mi vida.
- Bueno, pero ¿vos te pensás que a nadie le pasa? El tema es que la gente no lo piensa...
- La gente, la gente... “La gente” – Marcelo hizo el ademán de las comillas en el aire y fue tan alevoso que varios parroquianos interrumpieron sus charlas para girar y atestiguar el exabrupto – A mí me importa un carajo lo que sienta alguien más en esa situación. Yo, no puedo. Me levanté y me fui.
- ¡Eh, no será tan así! – Manuel sonaba realmente incrédulo y descalificativo: ni siquiera su amigo el intelectual actuaría con semejante irrespetuosidad.
- Te lo juro – el otro se besó el dedo índice primero en posición vertical, luego horizontal, apoyado en los labios cargados de saliva e incivismo – No pude sacar ni un par de ideas buenas: sólo podía desconcentrarme con los videos de música que ponían de fondo en las tres pantallas que dispusieron para que la espera sea más amena. Las caras de orto de “la gente”... – y Marcelo resopló mientras se desplomaba en la silla de madera desvencijada.

El laureado escritor sólo veía caras con muecas de hastío. Notaba cómo perdía valiosos segundos que pudieran haber sido capitalizados a través de mejores inversiones, como una pecera o un cable USB de 5 metros. No paraba de figurarse al séquito de prosélitos abrazando a doctores que luego denuestan en sus casas.

Ganar ese concurso fue, para aquel electricista de 44 años, la perdición. Lo condujo a querer refregar su libido en cualquier palo pseudo-cultural sólo para regocijarse en su propio ego. Y era insoportablemente talentoso, aunque anti todo: semáforos, perros de raza, tarjetas de supermercado, zapatos de taco alto. Se le

hacía muy difícil concentrarse en cualquier empresa, sobre todo en el negocio particular que pagaba las cuentas y le debía de comer a su hija de 8 años. Buena plata, pero efímera; una gran historia, pero única. Se sabe: las novelas suelen ser una catarata de conceptos, personajes y universos entrelazados, mas extensas e irrepetibles. Tiró toda la carne al asador y ahora sólo le quedaban Manuel, el fútbol, los porotos lupines para combatir el ácido úrico.

- Che, Marce, decime: ¿no se te ocurrió escribir por escribir? Digamos... si no se te prende la lamparita cuando hacés mucha fuerza para que pase algo...
- Me leí todo, Manuel. Todos los gurúes. Seguí cada uno de los pasos y escuché sus músicas, practiqué rituales, le corté el cogote a cuanto conejo me cruzaba en el campo de mi suegro cuando salía a pedalear... pero ni así. Ninguna experiencia se transforma en algo literario. Jamás.
- ¿Esto? ¿Esta charla, este bar?
- Ya se hizo mil veces, no me tomes el pelo. ¿Qué te pensás? ¿Qué nunca imaginé: "ah, sí, claro, una charla con cualquier boludo puede representar una revelación para otro don nadie que, de puta casualidad, leyó mi cuentito de mierda"? Sí, claro, porque esto es Hollywood.
- Hace poco leí en un diario la historia de un tipo que no recuerda ninguna cara. Capaz que el chabón te ve ahora, así como estás, masticando unos *manices*, y se levanta para ir al baño, ¿no?
- Sí... - dijo Marcelo, esperanzado.
- Cuando se viene a sentar de nuevo, dice alguna boludez y te vuelve a saludar, no te juna, no le suena tu jeta. "Hola, ¿todo bien? Ta' fresca la tarde".
- ¿Quién se puede comer semejante buzón, Manuel?
- Prosopagnosia - rastreó en su celular el ávido lector de periódicos de domingo.
- La verdad que tiene un nombre pretencioso, podría funcionar para los giles que suelen conformar los jurados. La Academia, viste...
- ¿Qué te parece? Nada mal, eh... Un cuentito donde el tipo tiene que reconocer, no sé, al asesino de su esposa porque de eso depende que detone una bomba en Guayaquil - se entusiasmó el menos letrado de los dos.
- Me parece que está bien, pero ya se hizo mil veces, Manu. Películas, relatos, exposiciones, conferencias. Eso ya lo vi. Está bueno, pero...
- Pero no es tu idea.
- ¡No! Por favor, no vayas a creer que lo desestimo porque me lo dijiste vos, pero... - los gestos de Marcelo lo decían todo: cejas hacia arriba, *eyes wide open*, labios apretados, arrugas a los dos costados de la boca, asentimiento frenético como diciendo "no me cierra, maestro".

Tardecita-noche y los vasos medio vacíos. Más que nunca, medio vacíos. El cantinero acomodaba su moñito mientras despedía a las últimas señoritas que

respetaban el toque de queda de la ciudad. Marcelo y Manuel, intercambiando opiniones, se habían desencontrado y vuelto a chocar en alguna esquina del pensamiento. Distintos, pero parecidos, sucumbiendo cada uno a su manera frente al inhóspito destino de los fracasados. El fracaso en sí mismo puede interpretarse de diferentes maneras: "Primero definámoslo" - reclamaría algún trasnochado filósofo- "luego lo debatimos".

Se saludaron como siempre: mano extendida, severo apretón, atracción hacia los torsos, beso en la mejilla, casi suspendido en el aire. Un poco borrachos, un poco enojados, como siempre. En la mesa no había quedado nada sin corromperse, los restos de comida yacían con vergüenza ante el acoso del mesero. La cuenta impaga, agregada a la sumatoria semanal.

La vida sin resolver; los cuentos sin escribir.